

El patio de los caballos.

Ernautón partió al punto, y como había tomado el caballo del duque en reemplazo del suyo, que había dado á Roberto Briquet, caminaba con tanta rapidez que hacia la mitad del tercer día estaba ya en París.

Serían las tres de la tarde cuando entraba en el Louvre, en el cuartel de los Cuarenta y Cinco, sin que ningún acontecimiento notable hubiese señalado su regreso.

Al verle los gascones lanzaron gritos de sorpresa. El señor de Loignac, al oír aquellos gritos, entró en el cuartel, y al ver á Ernautón frunció el ceño lo más que pudo, lo cual no impidió á Ernautón el acercarse á él con desembarazo.

El señor de Loignac le hizo señas de que le siguiese al gabinete situado al extremo del dormitorio, que era una especie de sala de audiencia en donde aquel juez pronunciaba sus sentencias sin apelación.

— ¿Conque es así como os conducís, caballero? — le dijo desde luego. — Si no me equivoco en la cuenta, hace cinco días con cinco noches que faltáis del cuartel; y ¿vos, caballero, á quien yo creía uno de los más juiciosos, sois quien da semejante ejemplo de infracción á las órdenes recibidas?

— Caballero, — contestó Ernautón inclinándose, — he hecho lo que se me ha ordenado.

— ¿Y qué os han ordenado?

— Que siguiese al señor de Mayenne, y le he seguido.

— ¿Durante cinco días y cinco noches?

— Durante cinco días y cinco noches.

— ¿Luego el duque ha salido de París?

— La misma noche, y me pareció sospechoso.

— Razón teniais. ¿Y qué más?

Ernautón refirió entonces sucintamente, pero con el calor y la energía de un hombre intrépido, la aventura del camino y todos sus resultados. Á medida que hablaba, el rostro tan movable de Loi-

gnac reflejaba todas las impresiones que el narrador suscitaba en su alma.

Pero cuando Ernautón llegó á hablar de la carta confiada á su cuidado por el señor de Mayenne;

— ¿Y tenéis esa carta? — preguntó.

— Sí, señor.

— ¡Dialo! Esto merece alguna atención. — replicó el capitán; — os suplico que me esperéis aquí, ó más bien, venid conmigo.

Ernautón se dejó conducir y llegó detrás de Loignac al patio de los caballos del Louvre, donde se hacían los preparativos necesarios para la salida del rey, y el señor de Epernon miraba ensayar dos caballos recién llegados de Inglaterra, regalo de Isabel á Enrique III, los cuales debían ser enganchados aquel mismo día al coche del rey.

En tanto que Ernautón permanecía á la entrada del patio, se aproximó el señor de Loignac al duque de Epernon, y tirándole suavemente de la capa, le dijo:

— Noticias, señor duque, grandes noticias.

El duque se separó del grupo en que se hallaba, y se aproximó á la escalera por donde debía bajar el rey.

— Hablad, señor de Loignac, hablad.

— El señor de Carmainges acaba de llegar de la parte de Orleans. El señor de Mayenne se halla en una aldea peligrosamente herido.

El duque lanzó una exclamación, y repitió :

— ¿ Herido ?

— Y además, — continuó Loignac, — ha escrito á madama de Montpensier una carta que el señor de Carmainges tiene en su bolsillo.

— ¡ Oh ! oh ! exclamó de Epernón, — haced que venga el señor de Carmainges ; quiero hablarle ahora mismo.

Loignac obedeció, y tomando de la mano á Ernautón, que, como hemos dicho, se había quedado aparte por respeto durante el coloquio de sus jefes, dijo :

— Señor duque, aquí tenéis á vuestro viajero.

— Según parece, — dijo de Epernón, — tenéis en vuestro poder una carta del duque de Mayenne.

— Sí, monseñor.

— ¿ Escrita desde una aldea cerca de Orleans ?

— Sí, monseñor.

— ¿ Y dirigida á madama de Montpensier ?

— Sí, monseñor.

— Tened á bien entregarme esa carta, — dijo el duque alargando la mano con la tranquila negligencia de un hombre que cree no tener que hacer más que expresar su voluntad, cualquiera que ella sea, para verla puntual y exactamente obedecida.

— Perdonad, monseñor, si he comprendido mal, — contestó Carmainges, — ¿ me habéis dicho que os entregue la carta del señor de Mayenne á su hermana ?

— En efecto, eso he dicho.

— Sin duda ignoráis, señor duque, que me han confiado esta carta.

— ¿ Qué importa ?

— Importa mucho, monseñor ; he dado al señor duque mi palabra de entregar esa carta á la misma duquesa.

— ¿ Servís al rey ó al señor de Mayenne ?

— Sirvo al rey, monseñor.

— Pues bien, el rey quiere ver esa carta.

— Monseñor, vos no sois el rey.

— Creo, señor de Carmainges, que habéis olvidado á quién estáis hablando, — dijo de Epernón pálido de cólera.

— Me acuerdo muy bien, monseñor, y por eso me opongo á lo que exigís.

— ¡ Os oponéis ! Creo que habéis dicho que os oponéis, señor de Carmainges.

— Eso he dicho.

— Señor de Carmainges, ¿ habéis olvidado vuestro juramento de fidelidad ?

— Monseñor, no sé que haya jurado hasta ahora fidelidad más que á una sola persona, y esa persona es S. M. Si el rey me pide la carta, la tendrá, porque el rey es mi señor, pero el rey no está aquí.

— Señor de Carmainges, — dijo el duque que comenzaba á montar en cólera, mientras que Ernautón, por el contrario, parecía irse enfriando á medida que resistía, — señor de Carmainges, sois como todos los de vuestro país : ciego en la prosperidad ; vuestra fortuna os deslumbra, hidalgullo mío, y la posesión de un secreto de Estado os aturde.

— Lo que me aturde, señor duque, es la desgracia en que estoy próximo á caer respecto de vuestra señoría, pero no mi fortuna, que corre grande riesgo por no obedeceros ; pero no importa, hago lo que debo, y nadie, excepto el rey, verá la carta que me pedís, á no ser la persona á quien viene dirigida.

El señor de Epernón hizo un ademán de terrible amenaza y dijo :

— Ahora mismo, Loignac, ahora mismo vais á llevar al calabozo al señor de Carmainges.

— Verdad es que de este modo, — dijo Carmainges sonriendo, — no podré entregar á la duquesa de Montpensier la carta de que soy portador, á lo menos mientras esté encerrado ; pero si llego á salir...

— Hacéis bien en decir si llegáis á salir, — replicó de Epernón.

— Y saldré, señor, á no ser que mandéis asesinar me en el calabozo, — dijo Ernautón con una resolución que, á medida que hablaba se hacía más fría y más terrible ; — sí, saldré : las paredes son menos firmes que mi voluntad. Repito, pues, que cuando salga de mi encierro...

— ¿ Qué haréis ?

— Hablaré al rey y el rey me atenderá.

— ¡ Al calabozo, al calabozo ! — exclamó de Epernón perdiendo todo comedimiento, llevadlo al calabozo, y que le quiten la carta.

— Nadie tocará á ella, — dijo Ernautón dando un salto hacia atrás y sacando de su pecho el librito de

memorias de Mayenne, — y haré pedazos la carta, puesto que solo á este precio puedo salvarla; el duque de Mayenne aprobará mi conducta, y S. M. me perdonará.

Y en efecto, impelido el joven por su leal resistencia, iba á separar ya en dos pedazos la preciosa cubierta, cuando una mano sujetó suavemente su brazo.

Si la presión hubiera sido violenta, indudablemente habría redoblado sus esfuerzos para aniquilar la carta; pero viendo que usaban con él de cierto comedimiento, se detuvo, y volviendo la cabeza, dijo:

— ¡ El rey !

En efecto, el rey acababa de bajar la escalera de su palacio del Louvre, y parándose un instante en el último escalón pudo oír el fin de aquella plática, y entonces fué cuando su augusto brazo sujetó el de Carmainges.

— ¡ Qué es eso, señores ? — preguntó con esa voz á la que sabía dar cuando quería un poder soberano.

— ¡ Qué ha de ser, señor, — exclamó el duque de Epernon sin tomar el trabajo de disimular la

cólera, — sino que ese hombre, uno de vuestros Cuarenta y Cinco, va á cesar de pertenecer á ellos ? ¡ Qué ha de ser, sino que, enviado por mí en vuestro nombre para vigilar al señor de Mayenne durante su estancia en París, le ha seguido hasta más allá de Orleans, y se ha encargado de entregar una carta suya á madama de Montpensier ?

— ¡ Conque el señor de Mayenne os ha dado una carta para madama de Montpensier ? — preguntó el rey.

— Sí, señor, — respondió Ernautón, — pero el señor duque de Epernon no os dice en qué circunstancias.

— ¡ Y dónde está esa carta ? — preguntó el rey.

— Precisamente esa es la causa del conflicto, señor; el señor de Carmainges se niega rotundamente á entregármela y quiere llevarla á su destino, negativa que, según mi opinión, solo es propia de un mal servidor de V. M.

El rey miró á Carmainges. Éste hincó la rodilla en tierra, y dijo:

— Señor, soy un pobre hidalgo, hombre honrado y nada más. He salvado la vida á vuestro mensajero, á quien iban á asesinar el señor de Mayenne y

cinco de sus camaradas, porque al llegar á tiempo pude inclinar la balanza del combate en su favor.

— ¡Y durante ese combate no sucedió nada al señor de Mayenne? — preguntó el rey.

— Sí sucedió, señor; fué herido, y aun gravemente.

— ¡Bueno! — dijo el rey. — ¿Qué más?

— ¿Qué más, señor?

— Sí.

— Vuestro mensajero, que parece tener motivos particulares de odio contra el señor de Mayenne...

El rey se sonrió.

— Vuestro mensajero, señor, quería acabar con su enemigo; pero yo creí que en mi presencia, es decir, en presencia de un hombre cuya espada pertenece á V. M., semejante venganza sería un asesinato político, y...

Ernautón vaciló.

— Acabad, — dijo el rey.

— Y salvé la vida del señor de Mayenne contra vuestro mensajero, como había salvado la de vuestro mensajero contra el señor de Mayenne.

El duque se encogió de hombros, Loignac se

mordió su largo bigote, y el rey, después de un momento de silencio, dijo:

— Continúad.

— Reducido Mayenne á un solo compañero, pues los otros cuatro habían muerto; reducido, digo, á un solo compañero, no queriendo separarse de él, ignorando que yo estaba al servicio de V. M., se ha fiado de mí y me ha suplicado que lleve una carta á su hermana. Hé aquí la carta; la ofrezco á V. M., señor, para que disponga de ella como dispondría de mí. Aprecio en mucho mi honra, señor; pero desde el momento en que para tranquilizar mi conciencia cuento con la garantía de la voluntad real, hago abnegación de mi honor; está en vuestras manos.

Ernautón, que continuaba arrodillado, presentó al rey la cartera; pero éste la rechazó suavemente con la mano.

— ¿Qué decíais, de Epernón? El señor de Carmainges es un hombre honrado y un fiel servidor.

— ¡Yo, señor! — exclamó de Epernón. — ¿V. M. pregunta lo que yo decía?

— Sí; al bajar esta escalera oí pronunciar la palabra calabozo. ¡Pardiez! Todo lo contrario: cuando se encuentra por casualidad un hombre

como el señor de Carmainges, sería preciso hablar solamente, como entre los Romanos, de coronas y de recompensas. Una carta, señor duque, es siempre del que la lleva ó de la persona á quien va dirigida.

De Epernón hizo una reverencia, no tanto en señal de asentimiento, cuanto para ocultar su enojo.

— Llevad esta carta á su destino, señor de Carmainges.

— Pero, señor, pensad en lo que puede contener esa carta, — dijo de Epernón: — no nos las echemos de delicados cuando se trata de la vida de V. M.

— Llevad vuestra carta, señor de Carmainges, — replicó el rey sin responder á su favorito.

— Gracias, señor, — dijo Carmainges retirándose.

— ¿ Adónde la lleváis ?

— Á madama la duquesa de Montpensier. Creo haber tenido el honor de decirlo á V. M.

— Me he explicabo mal ; quería decir á qué sitio. ¿ Al palacio de Guisa, al de San Dionisio, ó á Bel...

Una mirada de Epernón detuvo al rey.

— No tengo instrucción alguna particular del señor de Mayenne sobre este punto ; llevaré la carta

al palacio de Guisa y allí sabré dónde está madama de Montpensier.

— ¿ Según eso tratáis de seguir la pista á la duquesa ?

— Sí, señor.

— ¿ Y si la halláis ?

— Desempeñaré mi cometido.

— Eso es ; ahora decidme, señor de Carmainges, — añadió el rey mirando fijamente al joven, — ¿ habéis jurado ó prometido otra cosa al señor de Mayenne además de entregar esa carta á su hermana ?

— No, señor.

— ¿ No habéis prometido, por ejemplo, — insistió el rey, — alguna cosa como el secreto sobre el sitio en que podiais encontrar á la duquesa ?

— No, señor ; nada de eso he prometido.

— Os impondré, pues, una sola condición.

— Señor, soy esclavo de V. M.

— Entregaréis esa carta á madama de Montpensier, pero tan pronto como desempeñéis ese cometido, volveréis á buscarme á Vincennes, adonde iré esta tarde.

— Sí, señor.

— Y donde me daréis cuenta fiel del sitio donde halléis á la duquesa.

— V. M. puede estar seguro de que así lo haré.

— Sin más explicación ni confidencia, ¿lo entendéis?

— Señor, lo prometo.

— ¡ Qué imprudencia ! — exclamó el duque de Eperón. — ¡ Oh ! señor !

— No conocéis á los hombres, duque, ó á lo menos á ciertos hombres. Si este es leal con Mayenne, también lo será conmigo.

— Con V. M., señor, — exclamó Ernautón, — seré más que leal, seré vuestro esclavo.

— Os encargo, de Eperón, — dijo el rey, — que no arméis disputas aquí, y perdonad ahora mismo á este buen servidor lo que consideraréis como una falta de adhesión, y que yo miro como una prueba de lealtad.

— Señor, — dijo Carmainges, — el duque de Eperón es demasiado perspicaz para no haber visto en medio de mi desobediencia á sus órdenes, desobediencia cometida bien á pesar mío, cuánto le respeto y le amo, y para no haber conocido que

mi única falta consiste en haber hecho, ante todas cosas, lo que yo consideraba como mi deber.

— ¡ Diablo ! — dijo el duque cambiando de fisonomía con la misma movilidad que si hubiese quitado ó puesto una máscara, — hé aquí una prueba que os hace mucho honor, mi querido Carmainges, y en verdad que sois un cumplido mancebo : ¿ no es así, Loignac ? Pero, entretanto, le hemos dado una buena broma.

Y el duque soltó una carcajada.

Loignac se volvió por no responder ; pues, aunque gascón, no se sentía con fuerzas para mentir con el descaro que su ilustre jefe.

— ¿ Era por probarle ? — dijo el rey en tono de duda. — Si así era, tanto mejor, de Eperón ; pero no os aconsejo que hagáis esas pruebas con todos, porque habría muchos que sucumbirían á ellas.

— Tanto mejor ; — repitió á su vez Carmainges ; — tanto mejor, señor duque, si ha sido una prueba, pues entonces estoy seguro de no haber decaído del aprecio de monseñor.

Pero, aunque así se expresaba, el joven parecía tan poco inclinado á creer como el rey.

— Y bien; ahora que todo está terminado, señores, marchemos, — dijo Enrique.

De Epernón se inclinó.

— Vendréis conmigo, duque.

— Es decir, que voy á acompañar á V. M. á caballo, pues creo que esa es la orden que se ha dignado darme.

— Sí; ¿y quién irá á la otra portezuela? — preguntó Enrique.

— Un fiel servidor de V. M., el señor de Sainte-Maline, — dijo de Epernón observando el efecto que este nombre producía en Ernautón.

— ¡Loignac! — añadió. — Llamad al señor de Sainte-Maline.

— Señor de Carmainges, — dijo el rey comprendiendo la intención del duque de Epernón, — vais á desempeñar vuestra comisión, ¿no es así? y volveréis inmediatamente á Vincennes.

— Sí, señor.

Y Ernautón, á pesar de toda su filosofía, partió, teniéndose por muy dichoso en no presenciar el triunfo que iba á llenar de tanto gozo el corazón ambicioso de Sainte-Maline.

XXII.

Los siete pecados de Magdalena.

El rey había echado una ojeada sobre sus caballos, y al verlos tan vigorosos y piafadores, no quiso exponerse solo á los riesgos del viaje en coche; por lo cual, después de haber dado la razón enteramente á Carmainges, como hemos visto, hizo seña al duque para que tomase asiento en su carroza.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron á las portezuelas, y un solo correo marchaba delante.